



**VITRINA
DE LOS
LIBROS**



VITRINA
DE LOS
LIBROS

Comentarios bibliográficos

ISAIAS PEÑA GUTIERREZ*

Luis Antonio Escobar, *La música precolombina*, Bogotá, Universidad Central, 1985.

Para cerrar el año cultural de 1985, la Universidad Central editó uno de los libros más importantes de la bibliografía musical de varias épocas. Es el resultado de una larga y paciente investigación del maestro y músico, pedagogo y creador, Luis Antonio Escobar. *La música precolombina*, pues, tiene el valor de ser una de las obras pioneras en este campo en América Latina.

Una revisión de su índice nos dará una visión de su inmensa riqueza: la conquista, la reconquista de América por los americanos, los orígenes del hombre americano, las culturas olmeca y chavín, Xochipilli, dios de la música, el dios Pan, las antaras o zampoñas, las flautas o Tlapitzalli, las flautas como falos y otros símbolos, las trompetas precolombinas, los caracoles, las gaitas precolombinas, los clarinetes, las flautas malibúes, las increíbles narraciones del Padre Gumilla, pitos, silbatos y ocarinas, las lloronas, gritonas y sonajas, la percusión como liturgia, los himnos y las danzas, la poesía y el canto, comparación de los instrumentos melódicos precolombinos y zonas de origen.

La música precolombiana, como lo dice el Dr. Jorge Enrique Molina, en su presentación, "participa de los ideales y propósitos de

* Abogado, escritor, crítico literario, director del Taller de Escritores de la Universidad Central, miembro de la Unión Nacional de Escritores, UNE.

nuestra Casa de Estudios, consistentes en el rescate de los valores culturales propios, en este caso de la música como forma identificadora de la nacionalidad”.

Luis Antonio Escobar nació en Villapinzón, en julio de 1925. Estudió música en el Conservatorio de la Universidad Nacional de Bogotá, en el Peabody Conservatory of Music de Baltimore, en Nueva York, en el Mozarteum de Salzburg y Hochschule für Musik de Berlín. Ha compuesto más de 170 obras, entre óperas, conciertos, sinfonías, sonatas, cantatas; ha impreso más de doce discos; fue cofundador de la Orquesta Filarmónica de Bogotá; ha escrito varios libros, entre ellos *Polifonía de autores colombianos*; varios de los coros universitarios han sido fundados por él.

La música precolombina, bellamente diagramado e ilustrado, es un libro que reivindica, redescubre, y entrona una herencia cultural que nos hará mejores americanos.

Letvin Lozano Rivera, *Diagramación y programación. Estructurada y libre*, Bogotá, Universidad Central, 1985.

Este libro está organizado en dos partes. La primera se refiere a la programación tradicional, libro o convencional, descrita en siete capítulos que cubren los casos típicos que se presentan en la programación de computadores. Cada uno de estos capítulos contiene estos pasos: relación de los conceptos que se van a definir y a utilizar, enunciado del problema, diagrama de pasada, análisis del problema, enfoque de una solución, resumen de campos o variables utilizadas, diagrama no estructurado de la solución, codificación en lenguaje nativo.

La segunda parte se refiere a la programación estructurada, en dos capítulos, el primero de los cuales desarrolla la base teórica y el segundo la parte práctica, utilizando los mismos problemas de la primera parte, pero con un enfoque estructurado.

Algunos de los casos estudiados: proceso de archivos secuenciales, manejo de tablas o arreglos, cruce de archivos, manejo de archivos al azar, programación interactiva.

Libro fundamental para los estudiantes universitarios.

Francisco Queixalós, *Fonología sikuani*, Bogotá, Caro y Cuervo, 1985.

Dice Carlos Patiño Rosselli que la "publicación de esta obra representa un impulso considerable a los estudios sobre el grupo lingüístico guahibo. Sin desconocer aportes anteriores de otros investigadores —por ejemplo, los bosquejos fonológicos del guahibo elaborados por E. Monsonyi (1964 y 1969) y por los esposos Kondo (1967), del cuiba por I. Kerr y M. Berg (1973) y del guayabero por J. y A. Waller—, es ésta probablemente la primera descripción fonológica completa de un idioma de dicho grupo que sale de la imprenta. Pero, además, este trabajo de Queixalós es mucho más que un informe técnico sobre fonemas, alófonos y demás aspectos fonológicos del sikuani. Es en verdad una obra exacta y minuciosa pero concebida y escrita con elegancia intelectual, y cuya organización y planteamientos contienen un refrescante y estimulante toque personal. Los estudiosos de la Lingüística Aborigen tienen aquí una muestra de cómo se pueden enlazar rigor y creatividad en el campo supuestamente árido de la descripción fonológica".

Los sikuani viven en las extensas sabanas del río Orinoco, y con los cuiba, hitnü y guayabero, conforman la familia guahibo.

Fernando Galvis Gaitán, *El municipio colombiano*, Bogotá, Temis, 1985.

Para los estudiantes de derecho o para el lector común es este libro que trata de una de las instituciones más importantes dentro de la vida administrativa y política de los países modernos.

En primer término estudia la evolución histórica del municipio (períodos primitivo, romano, feudal, renacimiento, mundo moderno), su evolución en España, y luego en el derecho indiano de las colonias españolas hasta su independencia. Una segunda parte se dedica al municipio en nuestras constituciones colombianas, en las leyes y códigos municipales. En tercer lugar, describe el funcionamiento de la organización municipal (el cabildo, la personería, la tesorería); otras instituciones municipales (el juzgado, el catas-

tro, la recaudación, el registro, la parroquia, la acción comunal). Una cuarta sección estudia la organización municipal de Bogotá. Otra, quinta, expone las soluciones a la organización municipal colombiana dadas en otras épocas por muchísimas personalidades. Termina este gran manual sobre el municipio con un capítulo sobre "una nueva estructura municipal".

Galvis Gaitán dice que confía "en haber sentado unas bases, y en haber proporcionado una bibliografía que contribuya a la elaboración de futuros estudios sobre la realidad municipal de la nación". Y es más que eso.

Hernando Rivera Jaramillo, *La luna y un zapato*, Medellín, Ediciones Autores Antioqueños, 1985.

En su presentación, "La rosa y la bandera", a este libro, Belisario Betancur dice lo siguiente:

"La voz de Hernando Rivera Jaramillo me llega fácilmente desde los días de la fervorosa camaradería de 'Generación', una aventura literaria que compartimos con Miguel Arbeláez Sarmiento, Eddy Torres, Otto Morales Benítez, Rodrigo Arenas Betancur, Jorge Montoya Toro, Hernán Merino, Octavio Gamboa, Ovidio Rincón, Carlos Castro Saavedra y otros soñadores de la realidad, a quienes dolía la patria más hondamente (...).

"Hernando Rivera Jaramillo era, con Carlos Castro Saavedra, el poeta de 'Generación', y su palabra empapada de ternura y traspasado de muerte, asombró muchas de nuestras noches. Por ejemplo, a la rosa la definía así:

*¿Quién dejó esa herida
aquí, abandonada
en el aire?*

*¿Dónde está el héroe
dormido,
sin su medalla de sangre?*

*¿Quién dejó esta herida
abandonada?*

"Hoy llega de nuevo, tamizada por el tiempo, con un nuevo

relente de melancolía y de angustia que entonces no tenía”.

Y en su prólogo, “Guías, sin apremios, para leer la poesía de Rivera Jaramillo”, Otto Morales Benítez dice de este libro:

“Pero es bueno precisar cómo aparece este poeta. Para muchos será una revelación. El pasó muy discretamente por la vida. Así con pasos tan sigilosos como los de su poesía. Murió muy joven sin haber dejado un libro. Y tuvo por su obra cierta indiferencia, que no le permitió que se le otorgara la atención que ella merecía. El venía de muchos silencios. Y quería prolongarlos sobre su nombre.

“Sus diálogos eran vivaces. Con más sugerencias que afirmaciones. Con exceso de imaginación para relatar las peripecias diarias (...).

“Vestía de negro. Era breve. Debajo del brazo, llevaba libros, revistas, multitud de periódicos. Especialmente, “El Colombiano”, que era su casa espiritual. No política, pues él estaba matriculado en el liberalismo (...).

“Rivera Jaramillo perdía demasiado tiempo en pequeños menesteres electorales; o en misiones políticas circunstanciales (...). De pronto, se le veía en desazón. No relataba sus avatares. No los hacía explícitos. Era renuente a la confidencia. Por cierto era bien difícil en el grupo en que se movía.

“Sobresalía por su ingenio ágil y curioso. Vivía para la literatura, si pensamos en él con detenimiento. Para dialogar sobre sus misterios. Para regodearse en ella, en la intimidad (...).

“En algunos de sus poemas hay cierta vaguedad. En otros, la imprecisión acompaña sus santos. Es como una propensión a la huída: en los juicios, de lo que lo circundaba. Se expresaba en ambiente de lejanía. Donde los tonos son evanescentes, tenues, ligeramente inclinados al claroscuro. De allí que su obra tenga cierta irregularidad (...).

“El lenguaje que escogió, coincide con el que le ayudaba a su estirpe de utopista. La mayoría de las veces, nostálgico (...). La poesía de Hernando Rivera Jaramillo favorece la sensación de fragilidad. Tal vez porque está muy cerca de las remembranzas. Y

éstas se van alimentando de pequeñas expresiones fugaces”.

A su vez, Manuel Mejía Vallejo, en su “Epílogo” a este poemario de Rivera Jaramillo, dice:

“Hernando Rivera se negó a tener celebridad: le bastaban los chismes de parroquia, su humilde situarse ante el mundo, su desprevenida manera de estar vivo. Cuando en la Imprenta Departamental recitaba algunas cosas suyas, él lamía su respuesta —la lengua remedaba un animalito jugueteón— para reiterar con ojos inquietos y voz diluída que eso no valía la pena. Y no lo decía con la modesta presunción de los elegidos. En verdad le atormentaba la parquedad del verbo para nombrar, las contadas palabras del hombre frente a la vida y la muerte (...).

“En el fondo no pasó de ser un hombre solo, en la vida y en el día de su muerte: fue el suyo uno de los entierros menos concurridos de Medellín. Los cinco asistentes parecían fantasmas en Los Campos de Paz. El único vivo de verdad era Hernando Rivera Jaramillo”.

La luna y un zapato está compuesto de estas secciones: “Patrias del hombre”, “Memoria de la infancia”, “Naturaleza”, “El agua”, “Amigo y enemigo”, “Soledad”, “El recuerdo”, “Elegías”; “Canciones”, y “Muerte”. Uno de sus breves poemas, es este titulado “Adivinanza”:

*No se encontró su nombre
entre los muertos.
Pero murió en el campo,
—se estaba desangrando,
herida, mal herida,
hasta los huesos—,
¡la bandera!*

Mario Escobar Velásquez, *Toda esa gente* (novela), Medellín, Thulé Editores, 1985.

En esta novela, muchos de sus personajes son epopéyicos. Otros, son inmensamente trágicos. En la obra discurren la violencia y el amor. Está la humana sabiduría que algunos alcanzan, que no es

académica sino pragmática; pero, en otros, su carencia. Esa carencia que mueve a acometer, portando el desastre. Esa saga de dos familias hace una obra que la hará inolvidable, según la nota de los editores.

Mario Escobar Velásquez había publicado antes otras dos novelas de gran éxito, *Cuando pase el ánimo sola*, y *Un hombre llamado todero*. En Medellín dirige los talleres de escritores de la Universidad de Antioquia y Medellín.

Esta es su tercera novela, que precede a otras, de próxima edición, como *Marimonda*, *Canto rodado* y *El Caserón*.

María Luz Arrieta de Noguera, *El último cacique de la sabana*, Bogotá, Ediciones Auroa, 1985.

Con personajes reales de la historia, y algunos ficticios, la profesora y asesora de literatura infantil, María Luz Arrieta, recupera la vida e historia de los pueblos chibchas. "La autora logra amalgamar la circunspecta realidad histórica con el deslumbrante de la fantasía. Libro simple, diáfano y sencillo que colma por igual la candorosa curiosidad del lector infantil como la erudita exigencia del analista".

Víctor Casaus, *De un tiempo a esta parte*, La Habana, Letras Cubanas, 1985.

Dice de este último poemario del joven narrador y cineasta y poeta Víctor Casaus, el crítico Guillermo Rodríguez Rivera que "Este primer y necesario balance de la obra de Víctor Casaus reúne lo más logrado, lo más hecho de su poesía, y proviene de libros que fueron y no fueron (...). Estamos, pues, ante una obra de 15 años... y 15 años, para una obra poética, son más que 15 años para una muchacha".

UN SOLITARIO DE OTTO

El sistema de estas reflexiones de Otto Morales Benítez sería semejante al de una baraja, y lo que hay en ellas entonces es como un *solitario*, en el que el autor va haciendo salir los motivos hacia los

cuales su ideal ha mirado y los momentos que han tocado su vida; el juego de la preocupación y el pensamiento va así de las combinaciones sucesivas de la vida en el espacio y en el tiempo, hasta una figura final de sí mismo, de su ideario y de su "parcela patriótica". Vienen de muchos años y de todos los puntos cardinales, parten de momentos cordiales y: "todas ellas se acercan al estudio de algunos problemas nacionales y, otros, de carácter regional. Es la continuación de mi permanente vocación por el estudio de los asuntos relacionados con mi patria". Pero el centro de gravitación está en los rumbos por los cuales Colombia, lo colombiano y los colombianos se han visto abocados al siglo XX, cómo han tenido que adaptarse a su llegada, sobreponerse a la instintiva negación a pertenecer a sus conflictos o verlos, con la crisis de los fundamentos, viniendo de un pasado anacrónico. En el inicio de la carrera de la vida, el autor y sus contemporáneos partían de una certeza: "De lo que aprendimos en la universidad, a lo que se está divulgando, hay radicales transformaciones. Parte del lenguaje con el cual nos educaron, no sirve para identificar las trascendentales cosas de esta etapa histórica", etapa de llamados, mutaciones y señales de alerta.

Hay un texto central, que en cuanto visión y postura tanto ideológica como afectiva, irriga el resto de estas reflexiones o sería el lazo que las une; es el titulado "Tesis y perplejidades de mi generación", en cuyas líneas Otto Morales Benítez asume cabalmente el organismo de las generaciones tal como lo esbozara Ortega y Gasset, y da plenitud al giro que éste acuñara: "Yo y mi circunstancia". Así, dice: "Mi grupo padeció las sacudidas intelectuales de las dos guerras. Nos tocó la influencia, para rechazarlos o asimilarlos, de todos los 'ismos'. y, a la vez, veíamos cómo se doblegaban las enseñanzas seculares, abatidas por el huracán de las revueltas políticas, sociales y económicas".

El Tono de lo Incierto

Entonces las reflexiones de Morales Benítez —"este libro es una radiografía, un diagnóstico e inventario de problemas", apunta Jorge Enrique Molina en las "Palabras iniciales"— en su intención por cercar y esclarecer el ser de una nación, no están situadas en el cruce de dos épocas, la del inmediato pasado pacífico y una actualidad dramática, sino en la abolición de la primera para la edificación de la segunda, señalando el hecho de que en tal quiebre la voluntad de ser contemporáneo implicaría casi dejar de ser colom-

biano. Por ello los trazos de época tienen el tono de lo incierto, pero gracias a ello vendrían las posteriores identificaciones de nuestro ser en el desgarramiento. Otto Morales se sitúa en sus años de universidad, cuando era preciso caminar en su contra, sabiendo que fuera de ella y de la comunidad a la cual ilustraba nacía otra cultura, pues la oficial tenía como misión esconder la "muerte de una civilización". Quedaban los libros: "por entre sus hojas, se veía crecer otro mundo: el nuestro, el que hemos tratado de ordenar con ideas que aún no circulaban, siquiera, por los corredores de nuestros claustros". ¿Qué había más allá, en la otra orilla de las enseñanzas venidas de la tradición colombiana?. Había lo que hoy sucede y es. El de su generación (los nacidos alrededor de 1920) fue un despertar: "lo que percibíamos, con asombro, era que se producía una mutación en la organización del estado, en los orígenes y desarrollos filosóficos, en lo que nos unía en lo social. La palabra revolución se introdujo en nuestras existencias, como parte esencial de nuestra vocación", que era el regreso de la ley a su esencia y a la vida de nuevo la ley de lo esencial.

Aunque, en contrapartida, encuentra también Morales Benítez las líneas de su cielo en los surcos de la tierra, y para alimentar el cauce de su reflexión da el salto del marco temporal de la metrópoli a la atemporalidad de la aldea y desde ella se da cuenta de que "el otro signo que nos llevó casi al pavor fue que nos rompieron el coloquio entre hermanos. Porque la fraternidad era el signo que daba aliento a nuestras vidas". El signo se hizo sino, por la ausencia de la fe (con una Iglesia, decimos nosotros, presente como la más sofisticada tejedora del poder temporal), el predominio de la economía arcaica, la ética sin convicción y la acción depredadora del partidismo. Las cartas del *solitario* ya no devuelven las figuras que hacían "la visión rosa del país" sino que llevan de la rosa a la espinosa y de ésta a la herida.

Jaime García Maffla.

REFLEXIONES COLOMBIANAS

"Reflexiones Colombianas" es por excelencia el libro de un estadista. Lo es por el caudal inmenso de conocimiento y análisis que acendra. Por la diversidad extraordinaria de las materias que trata y la claridad del juicio que las informa y por la claridad y modo de ese conocimiento obtenido de primera mano, sobre el suelo

mismo, en el ambiente directo de su brega y la evaluación de sus problemas y el enjuiciamiento de sus necesidades y alternativas.

No es extraño que tal ocurra en el pensamiento y en la acción de Otto Morales Benítez. Si alguien conoce bien a su patria en la diversidad de sus dimensiones, urgencias, dolencias, vicios, frustraciones y posibilidades este provinciano en su marco grande. Se diría —entrando en la verdad profunda de esta calidad superior— que la profesión dominante de Otto Morales es la de ser colombiano. Con todo lo que esta dignidad altísima significa y compromete.

Una recapitulación, así fuese somera y circunstancial de la vida pública de este trabajador sin fatiga a lo largo de su batalla, bastaría para mostrarlo —lo muestra ya en la realidad de sus numerosas obras, conferencias, misiones cumplidas, intervenciones académicas, peregrinaciones azarosas por el territorio patrio —como el gran ciudadano señalado por un generoso destino.

No son nuevos, hay que decirlo, estos escritos que la Fundación Universidad Central recogió a finales del pasado año en casi cuatrocientas páginas en un lujoso volumen para confirmar y mantener su actualidad ante la audiencia colombiana y americana. Este libro codifica un pensamiento fiel y veraz y reiteradamente sostenido.

El propio autor puntualiza en una breve nota preliminar como "Reflexiones Colombianas" reúne y ordena sus trabajos afines en la continuidad de una certidumbre eficazmente expresada desde los ángulos más diversos. Es la materia de sus "Primeras Notas". "Luego vendrán otras —dice— las "Segundas" y quizá más. Todas ellas se acercan al estudio de algunos problemas nacionales y, otros, de carácter regional. Es la continuación de mi permanente vocación por el estudio de los asuntos relacionados con mi patria".

Lo protuberante es el tratamiento que Morales Benítez da a la ventilación de esos asuntos. Lo de bulto y fondo es la manera como el escritor las prospecta y planifica cuando agrega: "Más tarde aparecerán otras "Reflexiones": las Jurídicas, las Laborales, las de la Paz, las Agrarias, las Históricas, etc."

La autoridad intelectual y humana de Otto Morales Benítez —el escritor, el ciudadano, el hombre público, el espectador insobornable de las realidades y las perspectivas— tiene su firme basamento en

la dignidad, en la altura, en la línea severa de su conducta. Nunca una claudicación. Jamás una dudosa transigencia.

Sus palabras son, en general, tan significativas como sus significativas como sus silencios. Aparte él mismo del estrépido y la feria y la grita ambiciosa y la alegría promesera, su posición de observador preocupado y desvelado.

Cuando en cierto momento de la preocupación ciudadana muchos colombianos llegamos a pensar en su nombre para manejar los destinos de Colombia. Otto lo pensó dos veces y terminó por retirarse de la justa que luego ha perdido grandeza. Se retiró de ella porque la encontraba reñida con sus principios. Quizá también porque no era llegado su momento.

Adel López Gómez